

Homilía de **JUAN DE LA ROSA, C. M.** en la Misa-funeral

Aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Queridos compañeros, familiares y amigos del P. Enrique Rodríguez Paniagua. Acabamos de vivir la Pascua. Durante toda la semana, la liturgia nos ha invitado a celebrar como un mismo momento el acontecimiento central de nuestra fe, la Resurrección del Señor. Atrás quedó la oscuridad y la muerte, el sepulcro está vacío, no busquéis entre los muertos al que vive, ha resucitado. La vida se renueva llenándose de colores y sonidos nuevos, que solo los que han recibido el don de la fe por el bautismo pueden apreciar, porque Cristo nuestra pascua ha resucitado.

En este contexto Pascual despedimos al P. Enrique, y lo hacemos convencidos de su fe. El Señor lo eligió para ser su testigo en medio del mundo universitario, enriqueciendo su vocación sacerdotal con su vocación docente. Para muchos de nosotros fue un compañero; para otros un profesor; para todos un sacerdote con una sensibilidad especial por el arte y la música. Sus dos grandes pasiones le han facilitado mucho el acceso para poder llegar hasta Dios.

Recuerdo con afecto los domingos cuando venía a pasar el día con nosotros. Por esa época yo era estudiante. Todos los domingos, a mediodía, aparecía el taxi que le traía, con su periódico "El País" en una mano y su cartera de profesor en la otra; con la cortesía que le caracterizaba. El jeroglífico del periódico centraba la sobremesa, y los discos de música clásica que nos solía traer a los estudiantes, el regalo que esperábamos. Recuerdo como en alguna ocasión nos confesó, como lamentándose, el mucho tiempo que había dedicado a escuchar música, en lugar de haber dedicado ese tiempo a aprender a tocar algún instrumento.

Por su persona, por su vida, por su trayectoria no queremos afligirnos como personas sin fe, sino todo lo contrario; damos gracias a Dios por haberle conocido y haberle tenido como compañero dentro de la Congregación de la Misión, desde ese vasto campo de la formación al que dedicó toda su vida, respondiendo en fidelidad a nuestro carisma de evangelización a los pobres a través de la enseñanza.

Creemos que el Señor es el camino, la verdad y la vida, y que el que cree en él tiene vida eterna. Por eso, querido P. Enrique, ocupas ya un lugar entre los elegidos del Señor en el reino de los cielos, donde no hay ni tristeza ni muerte, sino donde todo es alegría y paz. La máxima expresión del arte, la belleza y la música ya la contemplas, y por pura misericordia divina vives para siempre contemplando tanta hermosura. Goza de la música celestial, contempla atónito la perfección de los colores del cielo y alaba y bendice por siempre al creador de todo.

Que San Vicente de Paúl salga a tu encuentro y te lleve al lugar de la familia vicenciana, y con todos ellos, intercede por todos los que hoy te decimos; ¡Descansa en paz!

Artículo escrito por **EFRÉN ABAD**
(Boletín “Yuca”)

La muerte del P. Enrique Rodríguez Paniagua deja huérfana a toda una generación de discípulos suyos. A la luz de este “mentor et magister”, muchos centenares de adolescentes y jóvenes, de amigos y compañeros, aprendieron a descubrir nuevas visiones del saber y a gozar del amplio abanico de la expresión creativa y estética.

El profesor Paniagua alcanzó su prestancia no sólo por lo que él explicaba, sino, sobre todo, por lo que él inspiraba. En su persona y en su vida de docente confluyeron dos pasiones: la pasión por transmitir todo su personal bagaje de sabiduría y la pasión por enriquecer el campo intelectual de sus discípulos. No importaba la edad o el nivel formativo de sus alumnos. Desde el sencillo escolar procedente de la escuela primaria de un pueblo desamparado hasta el estudiante universitario de la Universidad Pontificia de Salamanca, Enrique R. Paniagua alcanzó por igual el excelso nivel de dedicación total del maestro, del educador y del catedrático universitario.

Apenas cumplidos sus veinticuatro años, en el otoño de 1946, lo conocimos en Tardajos y gozamos de él en aquella nuestra adolescencia como profesor de griego, de latín y de literatura española. Sus clases respondían siempre a un entusiasmo efervescente por despertar emoción hacia el saber en aquellas mentes rústicas y casi yermas. Todavía permanece en mí, inolvidable, el empeño y la abnegación de aquel profesor tan joven. El nos implicaba con fervor tanto en el engranaje técnico y metódico de la asignatura correspondiente, como en el curso mágico de sus contenidos.

Aquellos textos griegos de la antología Helade nos ofrecían piezas clásicas de Homero, de Safo, de Jenofonte, de Eurípides. Con Paniagua no nos limitábamos a traducir literalmente. Él convertía los textos en una fuente de vida. Desentrañaba el mágico embrujo entre el autor y la lengua hasta alcanzar la vivencia del joven lector. En mi existencia vive incrustado todavía aquel Canto II de la Odisea cuando Ulises encomienda a MENTOR, su fiel amigo, la educación de su hijo Telémaco antes de abandonar Ítaca. El profesor, P. Rodríguez, susurraba y representaba el diálogo entre los personajes hasta llegar a las palabras de Atenea en la figura y en la voz de Mentor: “Telémaco, no serás en adelante ni cobarde ni estúpido, pues tu viaje no va a ser infructuoso ni baldío”.

Yo sentía que aquel profesor se erigía ya entonces como mi propio Mentor, que, al igual que el de la Odisea, sería mi consejero y mi preceptor. Desde aquel día consideré a Paniagua como Mentor de mis aspiraciones durante el viaje incierto y nebuloso que apenas se vislumbraba en mi borrosa adolescencia.

El estudio del latín nos introdujo, con placentera densidad, en el corpus literario de Julio César, Homero, Virgilio, Cicerón y Ovidio. A Enrique Rodríguez Paniagua le enardecía la Epístola ad Pisones, hasta el punto de convertirse él mismo en un Horacio actualizado ante sus pubescentes alumnos. Como si fuéramos la stampa exacta de

aquellos hermanos Pisón, Paniagua nos inculcaba los consejos y los principios horacianos para infundirnos el interés por la escritura a través de frases de Horacio que germinaban en nuestro campo recién labrado. Aquel Mentor de la Odisea se transparentaba aquí como el MAGISTER e instructor de aquellos adolescentes. Aún quedan en el borrador de mi memoria algunas de aquellas frases como hitos de un camino a seguir para la perfección de la expresión y de la escritura.

Si Horacio era el “praeceptor”, Virgilio emergía como el gran magnate de la épica y de la lírica. Las clases de Rodríguez Paniagua no eran simples amagos de enseñanza o información. Su cometido era alimentar los espíritus en el más sublime concepto del verbo latino “alere”, que supone ofrecer nuevos sabores a la vida en formación de los alumnos. Por eso sus clases alcanzaban con frecuencia la categoría de experiencia vital. Así lo dejé algunas veces escrito en aquel embarullado diario de un muchacho quinceañero: “Desde hace días, estamos traduciendo el Libro II de la Eneida. Hoy hemos llegado al momento en que Eneas, antes de abandonar Troya, vuelve sobre sus pasos para rescatar a su padre Anquises y a su hijo Ascanio. Con emoción el P Rodríguez nos ha hecho leer y declamar los versos con que Virgilio describe el suceso.. *Care patera cervici imponere nostrae; ipse subibo humeris nec me labor iste gravabit... quo res cumque cadent, unum et commune periculum.* Anquises acepta el ruego de Eneas quien lo carga sobre sus anchos hombros y avanza con el cuello agachado, *subiectaque colla.* La declamación de este diálogo y la escenificación del texto por parte del profesor me han producido alguna lágrima.

Así eran las clases de Enrique R. Paniagua: ardorosas, cercanas, palpitantes. Todo cuanto él proyectaba en el aula, lo convertíamos los alumnos en vida y lo amasábamos en nuestro horno interior.

El profesor Paniagua era poseedor de una estética congénita. Por eso vivía y expresaba el concepto de belleza, sobre todo, en sus clases de literatura. Su recuerdo en este sentido va ligado a la PRECEPTIVA LITERARIA que él compuso para sus jóvenes discípulos. Esta preceptiva literaria que él explicaba y rellenaba en sus clases, es un reflejo perfecto de su personalidad estética. Gracias a viejos apuntes y a recopilaciones posteriores procedentes del mismo autor y de algunos otros discípulos, conservo todavía la trabazón esencial de aquella obra. La lectura de este libro me traslada a las clases de Paniagua y me trasmite la resonancia de la voz de aquel profesor y maestro sin par.

Con Enrique R. Paniagua aprendí el amor a la escritura. Gracias a él, la escritura y la lectura se han convertido en el más efectivo analgésico espiritual contra la vacuidad de la vida y contra mi propia angustia de ser. Siempre podré decir que cualquier redacción que ha brotado de mi pluma ha llevado, lleva y llevará en su médula una relación directa con la enseñanza y la persona de Enrique Rodríguez Paniagua.

Mi adolescencia hunde sus raíces en aquel profesor que hoy se erige como un vademécum lejano y presente de mi existencia. Tras la adolescencia, Paniagua floreció, otra vez, en mi juventud de Hortaleza con sus lecciones de arte añadidas a las clases de

literatura. Más tarde lo encontré también en Salamanca, donde su presencia clareó de nuevo fructífera y entrañable. Pasaron los años y con ellos se fue deslizado una relación epistolar continua, jugosa y fecunda.

Enrique, tu muerte engrandece ante mí tu memoria hasta lo infinito y lo intemporal. Para mi espíritu y para mi recuerdo permanecerás como el aliciente perenne de un ciprés siempre verde: *cupressus sempervirens*.